

La derecha durante los primeros gobiernos radicales, 1916-1930

Sandra McGee Deutsch

Los años transcurridos entre 1916 y 1930 fueron testigos del surgimiento de la ultraderecha en la política argentina, materializado en dos movimientos diferentes: la Liga Patriótica Argentina (Fundada en 1919) y los autodenominados nacionalistas, cuyas primeras organizaciones y publicaciones datan de la segunda mitad de la década de los veinte. La Liga representaba una reacción principalmente de origen local contra la clase obrera inmigrante, aunque sus miembros eran conscientes de los hechos ocurridos en Rusia en 1917 y de otros sucesos internacionales. Los nacionalistas orientaron la mayor parte de sus ataques contra el liberalismo, fuertemente influidos por el pensamiento contrarrevolucionario europeo.

Durante esos mismos años, la Argentina también concretó su primera experiencia democrática, bajo los gobiernos de la Unión Cívica Radical. No fue una mera coincidencia que este breve ensayo democrático coincidiera con los comienzos de la extrema derecha. Los gobiernos anteriores habían protegido los intereses de las clases altas por consiguiente; éstas habían tenido poca necesidad de recurrir a medidas extremas para defender sus privilegios. Sin embargo, los radicales trataron de satisfacer a un electorado más amplio que el representado por la elite. Por esta razón, tanto la Liga como los nacionalistas, vieron que en el ala populista de la Unión Cívica Radical y su líder Hipólito Yrigoyen había una amenaza a la que debían presentar batalla. Su verdadero enemigo no era la democracia en sí misma, sino el fantasma de un levantamiento izquierdista, pues —en su opinión— la primera conducía inexorablemente al segundo. Desde sus orígenes hasta hoy, el antizquierdismo fue la principal preocupación de la ultraderecha argentina. El carácter superficial del “nacionalismo” de la derecha puede ser un tema secundario, en especial para la década de los veinte —aunque quizá menos para los años posteriores—, cuando estaba más preocupada por reprimir a las masas inmigrantes que por el bienestar de las mismas.

Los orígenes

El ascenso de la ultraderecha se vincula directamente a la decadencia política del sector social que había gobernado la Argentina desde 1880 hasta 1916. Los historiadores han definido este grupo como “liberal”, porque la mayor parte de sus integrantes apoyaban la libertad de mercado, la inmigración, la educación pública, la sociedad laica y que el gobierno estuviera en manos de una minoría acaudalada. Algunos especialistas la definieron como una elite liberal conservadora, o el régimen, pues con el tiempo este grupo se consolidó en el poder mediante el fraude y la coerción. El conservadurismo de la elite se traducía —a diferencia de su tipo clásico— en el mantenimiento del orden establecido y en la oposición al cambio progresivo hacia formas democráticas y a los derechos laborales. En los primeros años del siglo XX, los numerosos inmigrantes urbanos de clase media y baja se habían convertido en firmes defensores de tales derechos; los primeros, a través de la Unión Cívica Radical que también logró algunas adhesiones entre los sectores disconformes de la clase terrateniente—, y los segundos, mediante sindicatos, grupos anarquistas y el Partido Socialista. La elite, con la aprobación de la ley Sáenz Peña en 1912 —aun a su pesar—, accedió a la demanda del radicalismo de implantación de un genuino sufragio universal

masculino; con la reforma, la clase dominante buscaba unificar a las clases altas y mantener la estabilidad ante el incremento del descontento obrero. Esta ley abrió el camino para las victorias electorales radicales, incluyendo la elección de Hipólito Yrigoyen como presidente en 1916.

Mientras tanto, el régimen había entrado en crisis. Previamente, se había mantenido la unidad de los sectores más poderosos en el seno del Partido Autonomista Nacional (PAN). Cuando algunos hábiles políticos —como el presidente Julio A. Roca (1880-1886 y 1898-1904)— abandonaron la escena, el PAN se escindió en facciones provinciales. Incluso el Partido Conservador de Buenos Aires —la más poderosa de éstas—, careció de la suficiente capacidad de liderazgo para recrear una alianza en escala nacional. La mayoría de los partidos conservadores provinciales también fracasaron cuando trataron de ofrecer una alternativa a la promesa radical de democracia electoral e integridad y, en menor grado, a la plataforma reformista en lo socioeconómico del Partido Socialista. Una historia de Fraude electoral y la presencia continua de políticos corruptos entre sus filas desacreditaba su supuesta nueva devoción hacia los gobiernos de masas. Algunos dirigentes — en especial, los fundadores del Partido Demócrata Progresista (PDP, 1914)— quisieron crear un partido cohesionado y popular, que combinara nacionalismo económico, principios democráticos, preocupación por el bienestar social y conducción aristocrática. Diferencias entre Lisandro de la Torre — candidato presidencial del PDP para 1916— y varias antiguas figuras del PAN hicieron fracasar este esfuerzo por conformar un moderno partido conservador nacional. Frente a esta falta de alternativas en la derecha, aquellos que oponían la democracia radical a una perspectiva de orden se inclinaron hacia posiciones cada vez más extremistas.

Sin embargo, fue el activismo obrero — y no el gobierno de la Unión Cívica Radical— lo que proporcionó el impulso definitivo para la formación de grupos ultraderechistas. El nacimiento de la primera organización derechista estuvo precedido por una historia de variadas reacciones de la elite frente a la militancia sindical de los inmigrantes. Para reprimir al movimiento obrero, el régimen había recurrido a las deportaciones y a la brutalidad policial. La corriente del Catolicismo Social había impulsado una conciliación de clases a través de proyectos de bienestar social y otros métodos, como la creación de los Círculos de Obreros, un título engañoso, ya que incorporaron tanto a empleados como a empleadores. Los patrones habían creado sindicatos amarillos y otros grupos antiobreros —como la Asociación del Trabajo (1918)— para proteger sus intereses y contratar y despedir libremente a los trabajadores. Como respuesta al generalizado descontento obrero manifestado durante la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo, la policía y muchos aristócratas habían atacado tanto a las organizaciones obreras y las sedes de sus periódicos como a los barrios judíos. Eclesiásticos, empleadores, miembros de las fuerzas de seguridad y personalidades del régimen comenzaron a contrarrestar la protesta obrera “extranjera” con las actividades “nacionalistas” de los sectores privilegiados.¹ El rasgo común de estas reacciones hacia el activismo obrero era el deseo de subordinar a la mano de obra y privarla de una plataforma ideológica.

En la primera posguerra, se inició una crisis laboral más seria que las anteriores, tan seria que requería una solución más permanente. La crisis estaba relacionada con los graves problemas económicos que la Argentina experimentó durante y después de la primera guerra mundial. La dificultad para proveerse de importaciones vitales durante el conflicto bélico complicó la producción industrial y de granos, aunque las exportaciones de carne y lana crecieron de manera notable por la demanda de los países europeos. Después de la guerra, cayó la demanda tanto de granos

como de ganado y sus derivados. Arreciaron el desempleo y la inflación.² Las penurias que estas condiciones imponían a los trabajadores —así como el ejemplo de los movimientos revolucionarios europeos— llevaron a un inédito nivel de huelgas y movilización obrera las huelgas en los sectores de transpone y frigorífico de 1916 y 1918, y la constitución de los primeros sindicatos de trabajadores sin tierra —que afectaban directamente a la economía exportadora— amenazaron a la clase alta.³

Tal vez, lo que más inquietaba a la clase dominante era el hecho de no poder valerse a discreción del poder estatal en contra de los sindicatos. El presidente Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) buscó el apoyo de los trabajadores, presentándose como un austero hombre del pueblo y reuniéndose con representantes obreros. Su gobierno intervino en las huelgas más importantes del período bélico y ayudó a resolver algunas a favor de los trabajadores. Contrariamente a lo hecho por los presidentes anteriores, Yrigoyen no deportó a militantes obreros ni declaró el estado de sitio, al menos hasta 1919. Aunque no se inclinó abiertamente por los sindicatos, Yrigoyen se acercó al ámbito obrero con una mayor imparcialidad que los gobiernos anteriores. Sin embargo, la clase alta catalogó su política como “obrerista”.⁴ Esta percepción influiría notablemente en la formación de la Liga.

La Semana Trágica y el ascenso de la Liga

Los sucesos ocurridos durante la así llamada Semana Trágica se produjeron en medio de una grave situación, en la que se combinaban la inestabilidad económica, el activismo laboral y el malestar de la clase alta con la democracia reformista. El resultado fue un duro enfrentamiento entre los trabajadores, por un lado, y los empresarios y el Estado, por el otro. Los hechos de violencia se iniciaron con una huelga en un establecimiento metalúrgico de la ciudad de Buenos Aires, declarada en diciembre de 1918; a partir de un conflicto localizado, se produjo una escalada que, al mes siguiente, derivó en una huelga general. La Semana Trágica se desarrolló entre los días 9 y 16 de enero de 1919, y consistió en paros obreros, saqueos, protestas callejeras y violentos enfrentamientos entre la policía, el Ejército y los trabajadores. Tropas al mando del general Luis J. Dellepiane (radical) ocuparon la capital entre el 9 y el 10 de enero, logrando poner fin a la movilización y la violencia obreras. Inmediatamente después, funcionarios gubernamentales mediaron para hallar una solución al conflicto que había precipitado los desórdenes.⁵

Durante toda la crisis, atemorizados porteños de clase media y alta se preguntaban si el Gobierno habría perdido el control de la situación o —peor aún— estaría consintiendo a los obreros. Esta percepción estaba reforzada por el hecho de que el general Dellepiane había decidido por sí mismo movilizar a sus tropas y ocupar la ciudad para reestablecer el orden. Este punto de vista también era natural para quienes veían a Yrigoyen como un presidente “obrerista”. Para incrementar aún más sus miedos, un “secreto” complot comunista fue descubierto en Montevideo, y por todo Chile se desarrollaban huelgas y manifestaciones obreras, precisamente en el mismo momento en que los revolucionarios del movimiento Espartaquista amenazaban con tomar el poder en Alemania. La prensa argentina otorgó un considerable espacio a estos hechos. Como observó *La Nación*, no podían dejar de relacionarse los sucesos de Buenos Aires con los del resto del mundo.⁶ Así, no resulta entraño que tantos porteños creyeran que fuera inminente el estallido de una revolución organizada desde el exterior. Por otra parte, como muchos de ellos identificaban

a la izquierda con la Unión Soviética, fueron proclives a responsabilizar por los sucesos locales a los inmigrantes judíos, que en su mayoría habían llegado al país desde Rusia.

Guiados por estos “indicios”, grupos de civiles armados tomaron la cuestión en sus manos y se organizaron para patrullar las calles de Buenos Aires desde las primeras horas del 10 de enero hasta el 14. Junto con la policía, irrumpieron en los barrios obreros y judíos destruyendo sedes gremiales e instituciones de la colectividad, atacando y arrestando a personas, y destruyendo bienes judíos. La policía encarceló a los supuestos líderes del primer soviético argentino —de origen ruso-judío—, al que responsabilizaban de instigar y organizar la Semana Trágica. Posteriormente, las autoridades liberaron discretamente a los sospechosos, después de haber descubierto que el “soviético” era un “fantasma”. Mientras arreciaba el terror blanco, algunos civiles se reunían en las comisarías y formaban milicias para proteger sus barrios de posibles incursiones obreras. El movimiento de guardias blancas barriales se extendió a otras ciudades donde el activismo obrero se mantenía, y siguieron en actividad una vez que la Semana Trágica hubo terminado.⁷

Varios grupos estuvieron implicados en la represión y en las organizaciones para conservar el orden que se crearon a posteriori. Los principales miembros —tanto de los escuadrones blancos que habían atacado a obreros y judíos como de las patrullas urbanas— provenían del Comité Nacional de la Juventud, organización creada en octubre de 1918 para apoyar al bando aliado. Cuando acabó la guerra, el Comité buscó otras causas para continuar en actividad, y las encontró en el antiyrigoyenismo y en la lucha antiobrera. En estas bandas parapoliciales militaban afiliados radicales; de hecho, el general Dellepiane autorizó la distribución de armas entre los civiles, probablemente con la aprobación del Presidente. Militares retirados, políticos y “caballeros” de clase alta se incorporaron a las patrullas barriales. Integrantes de todos estos sectores, como también importantes hombres de negocios y activistas católicos, participaron de la Comisión Pro-Defensa del Orden, encargada de recolectar fondos para las familias de los policías, bomberos y soldados muertos durante los enfrentamientos con los trabajadores. Destacados conservadores y radicales formaron parte de la Comisión; los últimos, en número considerable, se unirían al ala antipersonalista (antiyrigoyenista) del partido en los años venideros.⁸

La Marina de Guerra puso bajo su control a los civiles armados. Desde el inicio de la Semana Trágica, hombres jóvenes habían concurrido al Centro Naval, para recibir entrenamiento militar y armas. El 12 de enero, el contraalmirante Manuel Domecq García creó una nueva guardia civil, con jurisdicción en toda la ciudad y sede en el Centro Naval, que aglutinó a todos los grupos dispersos de parapoliciales. El 15 de enero, Domecq García se reunió con representantes del Ejército y la Marina, y decidieron dar origen a una milicia permanente para Buenos Aires. Invitaron a dirigentes políticos, sacerdotes, empresarios, militares y miembros de instituciones importantes, incluso a grupos femeninos, a unirse a la nueva institución: la Liga Patriótica Argentina, que defendería “la patria y el orden” frente a los “elementos anárquicos, ajenos a nuestra nacionalidad”.⁹

El 20 de enero, los invitados asistieron a la sesión inaugural de la Liga, realizada en el Centro Naval y presidida por Domecq García. Los participantes aprobaron una lista de objetivos, el primero de los cuales establecía que la Liga fomentaría el espíritu de argentinidad y el conocimiento de las obligaciones para con la Patria de todos los habitantes del país. La Liga lograría este cometido en parte presionando para obtener más apoyo público y privado para las escuelas: allí los niños aprenderían a amar a su país y los maestros obtendrían más beneficios y

mejores salarios. Ante los rumores de influencia comunista en el sistema educativo, la Liga instó a las autoridades correspondientes a ejercer un control más estricto sobre las ideas de los maestros. La Liga también alentaría al público a celebrar las fiestas patrias, familiarizarse con la historia argentina y su hábitat y venerar al Ejército como protector de los hogares nacionales y las libertades. Otra tarea de la Liga sería incrementar el bienestar de los pobres y recordar a las clases bajas que todas las soluciones legítimas a los problemas actuales debían estar en sintonía con la constitución liberal de la Nación. Por lo tanto, la Argentina continuaría recibiendo a los extranjeros que aceptaran sus leyes, pero se defendería de aquellos que profesaran ideas extrañas al estilo de vida argentino. Los guardianes de la argentinidad echarían mano de todos los métodos legales para realizar tal defensa, incluso cooperando con las autoridades para mantener la estabilidad ante cualquier amenaza anarquista o huelgas violentas.¹⁰ La Liga dejaba entrever que, si los medios legales no eran suficientes, recurriría a la coacción ilegal. O, como anunció más tarde, cuando los “huéspedes” de la nación abusaran de su hospitalidad perturbando el orden social, la Liga protegería los intereses nacionales.¹¹

La declaración de objetivos de la Liga revela su concepción del nacionalismo. Se definía la argentinidad como una conformidad con el orden político y social vigente. Anarquistas, sindicalistas, socialistas y otros disidentes no tenían lugar en la idílica visión que tenía la Liga del pasado argentino, una suerte de paraíso sin conflictos sociales ni políticos; por lo tanto, los opositores eran “extranjeros”. La condición de inmigrantes de la inmensa mayoría de la clase obrera fortalecía la distinción de la Liga entre los argentinos “nativos” de clase media y alta, que defendían a su nación, y sus antagonistas “foráneos”.¹²

Esta distinción era más retórica que real. No todos los opositores eran inmigrantes, ni los liguistas necesariamente tenían un linaje criollo y nativo. Además, el mantenimiento del orden en beneficio de las clases altas, ¿era una preocupación genuinamente nacionalista? El periódico socialista *La Vanguardia* se mostraba escéptico ante las declaraciones nacionalistas de la Liga. Eran bien conocidos los apoyos que la Liga tenía en el Ejército, por lo cual *La Vanguardia* se preguntaba si la organización realmente protegería la Constitución de un ataque que proviniera de su aliado castrense. También decía la publicación socialista que la Argentina casi nunca trataba a sus habitantes extranjeros como “invitados”; muchos se vieron forzados a vivir como vagabundos, deambulando en busca de un trabajo. Por otra parte, si la Liga era una organización verdaderamente nacionalista, debería trabajar para facilitar el engorroso trámite de naturalización para que los inmigrantes se convirtieran en ciudadanos, sostenía *La Vanguardia*, El órgano anarquista *La Protesta* también se preguntaba si quienes alentaban la desunión, fomentando el odio y la violencia contra una parte de la población —en este caso, los obreros— eran verdaderamente nacionalistas.¹³ Anarquistas y socialistas daban a entender que el nacionalismo de la Liga encubría sentimientos antipopulares.

La izquierda no sólo desconfiaba del nacionalismo profesado por la Liga, sino también de su compromiso con la democracia. Según los socialistas, incorporando a los obreros extranjeros al sistema político — en lugar de estigmatizarlos y excluirlos— se fortalecían las instituciones nacionales. Los socialistas advirtieron la peligrosa coincidencia entre las Fuerzas Armadas y la Liga. En efecto, esta proximidad anunciaba la propensión de los sectores altos de la sociedad a confiar en el Ejército para salvaguardar sus intereses, que tendría trágicas consecuencias para la sociedad civil argentina durante el siglo XX. También había alarmado a los socialistas la

insinuación —contenida en la declaración de objetivos de la Liga— sobre que la administración radical carecía de poder o de voluntad para realizar las tareas necesarias, y que, por consiguiente, la Liga tendría que llenar ese vacío. La Liga estaba usurpando el papel de gobiernos electos, como hicieron notar en varias ocasiones los representantes del Partido Socialista.¹⁴

Durante su primer año de existencia, la Liga se concentró en reclutar hombres y mujeres, y en organizarse en escala nacional. Las patrullas barriales constituyeron el núcleo central de la fuerza. Estas patrullas se convirtieron en las “brigadas” de la Liga, que tenían presencia en 43 de los 45 distritos policiales de la capital.¹⁵ Las patrullas del interior también se unieron a la Liga como brigadas de sus respectivas ciudades. Otras brigadas urbanas fueron organizadas sobre la base de ocupaciones o asociaciones profesionales. A partir de una invitación de la Liga o por propia iniciativa, hacendados, empresarios y dirigentes políticos provinciales dieron origen a nuevas brigadas. En diciembre de 1919, cuando los trabajadores de la cosecha iniciaron una huelga, los propietarios respondieron con la organización de brigadas rurales. La Liga creó también brigadas de “trabajadores libres” para contrarrestar la actividad de los sindicatos combativos. Entre tanto, durante la segunda mitad de 1919 y comienzos de 1920, los liguistas invitaron a las mujeres a sumarse a la organización. Mujeres solteras y casadas de clase alta crearon brigadas de señoritas y señoras, respectivamente, en Buenos Aires y otras ciudades; maestras, de distintas extracciones sociales, formaron brigadas de docentes en la Capital Federal, en la provincia de Buenos Aires y en la ciudad de Mendoza. En noviembre de 1919, la Liga declaró que tenía 833 brigadas en todo el país.¹⁶ Durante los años siguientes, el número de integrantes de la Liga fluctuaría, pero su núcleo permanente consistiría en 41 brigadas femeninas y 550 brigadas masculinas, o aproximadamente, 820 militantes femeninos y 11.000 activistas.¹⁷

Paralelamente, se produjo una fusión en el ámbito de la conducción. Integrantes del Círculo Militar, del Centro Naval y de la Comisión Pro-Defensa del Orden se incorporaron a la dirección de la Liga. Sus nombres aparecían en la nómina de la Junta Central, elegida por las brigadas, y en el Consejo Ejecutivo, electo a su vez por la Junta Central. Domecq García ocupó la presidencia en forma provisional hasta abril de 1919, cuando las brigadas eligieron tomó presidente a Manuel Carlés.

Carlés fue una figura compleja. Abogado, docente en el Colegio Militar y en otras instituciones, y diputado nacional (1898-1912), Carlés permaneció vinculado al régimen, mientras sus amigos más próximos del régimen se habían hecho reformadores, como el presidente Roque Sáenz Peña (1910-1914). Aunque sus días en la Cámara de Diputados se terminaron con la reforma electoral de 1912, Carlés conservó su interés por la política y sus contactos con los radicales, sobre todo con su buen amigo Marcelo T. de Alvear; con ellos se convertiría en radical antipersonalista. En 1918, Yrigoyen designó a Carlés como interventor en la provincia de Salta, y, en febrero de 1919 —mientras la Liga se estaba consolidando— el Presidente consideró su posible incorporación al gabinete como ministro de Marina. Poco tiempo después, durante ese mismo año, los conservadores de la provincia de Buenos Aires tuvieron en cuenta a Carlés entre sus candidatos.¹⁸ Por lo tanto, las lealtades políticas de Carlés eran ambiguas.

Ambiguas también eran las relaciones de la Liga con el Gobierno. En primer lugar, muchos radicales habían integrado la Liga desde sus orígenes y, por lo menos al comienzo, la administración radical elogiaba el accionar de la Liga y su defensa del orden, permitiendo, además, que militares, policías y empleados postales trabajaran con la organización. No obstante,

la capacidad de la Liga para atraer a miles de miembros por todo el país —incluyendo a los radicales antiyrigoyenistas y de clase alta— preocupó al Gobierno, que vislumbraba en la Liga un potencial adversario y competidor político. La creciente incorporación de militares a la Liga incrementó los temores oficiales. Desde mediados de 1919, y en respuesta a las advertencias socialistas, el Gobierno prohibió al personal militar y de la policía en actividad pertenecer a la Liga, pero fue incapaz de cortar los vínculos de la organización con las fuerzas armadas y de seguridad. El gobierno de Yrigoyen, finalmente, llegó a un implícito *modus vivendi* con la Liga. Teniendo en cuenta que el Gobierno seguía tratando de ganar el apoyo de los trabajadores urbanos nativos y sin pertenencia gremial, reprimió las actividades sindicales más duramente que antes de la Semana Trágica y, tácitamente, aceptó la existencia de la Liga. A su vez, la Liga se abstuvo de constituirse formalmente en un partido opositor o conspirar contra la democracia, al menos hasta la reelección de Yrigoyen en 1928.¹⁹ Los radicales podían tolerar oposición de la Liga a los trabajadores organizados, pero no a su propio gobierno.

La amplia composición social de la Liga era indicativa de la popularidad de su estilo nacionalista y explicaba por qué los radicales aceptaron tal solución de compromiso. Las autoridades de la Liga tenían antecedentes aristocráticos. Entre 1920 y 1928, cerca del 69 por ciento de los miembros de la Junta Central y del Consejo Ejecutivo provenían de la clase alta, como prácticamente todas las líderes femeninas, que estaban unidas por lazos de parentesco. Casi la mitad de los dirigentes masculinos poseían tierras o eran miembros de familias terratenientes y, por lo menos, el 31 por ciento había ocupado cargos electivos o políticos antes de 1916, demostrando su afinidad con el régimen conservador. El temor de los radicales por la participación militar en la Liga estaba plenamente justificado: entre las autoridades centrales de la Liga, el 19 por ciento de quienes se tenía información sobre su ocupación eran oficiales.²⁰

Los miembros de las brigadas masculinas eran de condición social más humilde. Sólo el 18 por ciento de los delegados de brigada a las reuniones anuales de Liga —que tendían a ser oficiales de brigada— eran de clase alta; y el 19 por ciento poseían tierras o pertenecían a familias terratenientes. Los “trabajadores libres” de la Liga eran obreros no sindicalizados ya empleados por liguistas o contratados por ellos para quebrar huelgas y sindicatos. Es prácticamente improbable que estos trabajadores se unieran a la Liga por propia voluntad o genuina convicción; así, los sectores medios formaron la base popular de la Liga, llegando hasta el 31 por ciento del total de los líderes nacionales masculinos, el 82 por ciento de los delegados y un porcentaje aún más grande entre las brigadas de maestros y los grupos masculinos. Los grupos urbanos incluían a profesionales, dueños de tiendas, empleados públicos y de comercio, militares y algunos sacerdotes vinculados al Catolicismo Social. En las zonas rurales, las brigadas fueron conducidas por hacendados, arrendatarios, chacareros y capataces. Los miembros de las brigadas tenían intereses importantes en la sociedad de entonces y, por ello, razones para combatir al sindicalismo y a la agitación izquierdista.

En nombre de los intereses de sus miembros, la Liga persiguió las actividades sindicales, quebró huelgas y reprimió a la izquierda en toda la nación. Su socio en esta tarea fue la Asociación del Trabajo, que se ocupó de la represión de las actividades obreras en la capital. Los enfrentamientos de mayor importancia entre la Liga y el activismo obrero ocurrieron fuera de la ciudad de Buenos Aires, en el vital sector agroexportador de la economía, donde se estaban formando sindicatos. En 1920, se produjo uno de los primeros enfrentamientos, en Las Palmas del Chaco Austral, una

enorme compañía agrícola en la esquina nororiental del Chaco. Entre los directores y propietarios de la firma se contaban tanto argentinos como ingleses. Los trabajadores sin tierra eran de origen criollo, brasileño, paraguayo y aborigen: estaban sometidos a continuos abusos de los patrones y a condiciones laborales verdaderamente opresivas, incluyendo el pago de bajos salarios en bonos, amortizables sólo en los comercios de la empresa. Para modificar esta grave situación, los trabajadores formaron un sindicato en 1918 y al año siguiente declararon una huelga en reclamo —entre otras mejoras elementales— de un aumento de salarios y que éstos fueran pagados en moneda nacional. Sin embargo, la empresa se empeñó en cobrar una tasa por el pago de sueldos en metálico.²¹

Renuente a aceptar la existencia de un sindicato dispuesto a luchar por las reivindicaciones de los trabajadores, la empresa se defendió. A principios de enero de 1920 —con la colaboración de la Liga y la Asociación del Trabajo—, Las Palmas contrató mercenarios y delincuentes, enviándolos a sus tierras. Estos matones armados aterrorizaron a los habitantes y provocaron incidentes con los miembros del sindicato. Para mayo, la empresa había organizado a sus provocadores en una brigada de la Liga, la cual estaba encabezada por Alberto Danzey, uno de los administradores de la firma. En julio, cuando las Palmas rechazó las protestas del sindicato por el accionar de la brigada, el sindicato lanzó una huelga, exigiendo que la compañía se deshiciera de los liguistas y cancelara el cobro de tasas por el pago en metálico de los salarios.

La huelga fue prolongada, sangrienta, y su resolución, incierta. Verdaderas batallas se libraron entre los trabajadores, por un lado, y los liguistas, guardias de la compañía y policía, por el otro. El capitán Gregorio Pomar, jefe radical del Noveno Regimiento de infantería, impuso en agosto un cese del fuego y un arreglo favorable a los obreros. No obstante, cuando las tropas de Pomar se retiraron, la empresa desconoció el acuerdo y la huelga se reanudó. Los liguistas siguieron patrullando las Palmas, mientras que la huelga —con dificultades— se mantuvo hasta junio de 1921. Finalmente, dos años después, el sindicato consiguió que los salarios se pagaran en pesos y sin ninguna retención. Con el objetivo logrado, el movimiento sindical en la zona se diluyó, y las condiciones laborales de los obreros continuaron deteriorándose; no obstante, la brigada de las Palmas sobrevivió por lo menos hasta finales de los años veinte.²² En definitiva el nacionalismo y los obreros habían llegado a una situación de empate.

Por el contrario, a pesar de las declaraciones nacionalistas de la Liga, había extranjeros y criollos en ambos bandos del conflicto de Las Palmas. Lo mismo puede decirse de los enfrentamientos entre trabajadores y liguistas en Villaguay (Entre Ríos). Hacia 1920, como respuesta a la movilización obrera, se empezaron a formar brigadas de la Liga en el departamento, una zona donde había varias colonias agrícolas judías. En enero de 1921, un sindicato de peones y obreros lanzó una huelga contra chacareros y dueños de máquinas trilladoras.²³ Liguistas, entre los que se contaban policías del lugar, encarcelaron a varios activistas gremiales. El sindicato local, el Partido Socialista de Villaguay y la Federación Obrera Comarcal provincial convocaron a una concentración para protestar por estas detenciones; la fecha elegida fue el 11 de febrero. Mientras tanto, la brigada de Villaguay se preparaba para encontrarse con la “horda” judía y maximalista, según su propia definición de la situación. El día programado para la manifestación en Villaguay, se produjo un tiroteo entre los asistentes, y la policía y los liguistas. No ha sido aclarado desde qué sector se hicieron los primeros disparos pero, de los aproximadamente 35 heridos, la mayoría eran trabajadores. El encarcelamiento de 76 obreros y socialistas —y ningún liguista— después del

grave enfrentamiento armado también demuestra que estos últimos habían sido quienes controlaron la situación. Algunos liguistas, políticos y periódicos — entre ellos, *La Nación*— caracterizaron los hechos como el enfrentamiento entre revolucionarios judíos y criollos ordenados, basándose en el hecho de que 18 de los prisioneros eran judíos. Sin embargo, la mayoría de los detenidos eran criollos.²⁴

Pocos días después de su toma de posición en el conflicto, *La Nación* modificó sus puntos de vista. El diario de los Mitre y otros observadores comprendieron que, en el enfrentamiento de Villaguay, los chacareros judíos superaban en número a los trabajadores judíos sin tierras. Algunos judíos ya formaban parte de la Liga en el momento del enfrentamiento en Villaguay; sin embargo, aunque muchos no pertenecieran a la Liga, los intereses de la mayoría de los colonos judíos coincidían con los de la organización. Tras los incidentes de Villaguay, la Liga recibió —en número creciente— nuevos miembros judíos. En mayo de 1921, 12 de las 30 brigadas de la región de colonización judía tenían oficiales judíos; probablemente, otras contaban también con miembros judíos.²⁵ La Liga había utilizado convenientemente a los judíos como chivos expiatorios durante el episodio de Villaguay; acabado este, muy provechosamente, la Liga reclutó a estos “extranjeros”.

La Liga continuó con su labor “nacionalista” en la Patagonia. Desde 1918, trabajadores de los territorios del Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego se abocaron a la formación de sindicatos; paralelamente —entre 1920 y 1921—, hombres de negocios, hacendados y capataces organizaron en la región cerca de 75 brigadas.²⁶ Los choques entre liguistas y trabajadores se sucedieron por toda la zona costera de dichos territorios, en puertos e instalaciones petroleras. Además, cuando el Décimo Regimiento de Caballería mató a 1.500 trabajadores rurales en huelga entre noviembre de 1921 y enero de 1922—, brigadas de la Liga proveyeron al Ejército de combustible, vehículos, alojamiento y provisiones, participando también en actividades de patrullaje y delación. Después de que el Ejército diezmó las filas sindicales, los liguistas forzaron a los obreros a incorporarse a las brigadas de “trabajadores libres”.²⁷

Era evidente que el Ejército y la Liga habían destruido el movimiento obrero en la Patagonia; sin embargo, no estaba claro que lo hubieran hecho para frenar una amenaza “extranjera”. Carlés, muy consciente del poderío del movimiento obrero en el sur chileno, identificó a los sindicatos patagónicos —muchos de cuyos afiliados eran trabajadores rurales chilenos— con una peligrosa y antinacional ideología importada del vecino país. Sin embargo, también había extranjeros entre los patrones. Los empresarios más importantes del sur argentino eran hacendados nacidos en Europa y representantes de empresas agroexportadoras extranjeras, que, además, eran los miembros más destacados de las brigadas patagónicas.²⁸ La Liga hizo una excepción para éstos y otros miembros extranjeros: eran extranjeros beneficiosos que contribuían a la prosperidad de la nación. Según la Liga, esta característica los diferenciaba de la clase obrera.

Mientras los liguistas suprimían a quienes consideraban extranjeros perjudiciales, sus colegas femeninas recurrieron a métodos pacíficos para “argentinar” a los inmigrantes. Las brigadas de señoritas establecieron escuelas libres para mujeres inmigrantes en fábricas del área metropolitana de Buenos Aires. Hacia 1927, funcionaban cerca de diecinueve escuelas, y la Liga declaró que más de cincuenta permanecieron en actividad hasta entrada la década de los cincuenta.²⁹ Los estudiantes de estas escuelas aprendían a leer y a escribir, aritmética, artes y oficios domésticos, historia argentina, catecismo y valores tan “criollos” como patriotismo, amor al

trabajo, puntualidad y obediencia. Los miembros de la Liga esperaban que las alumnas argentinizadas enseñaran a su familia lo que habían aprendido. De este modo, las escuelas fabriles, como otras que la Liga estableció en distintos barrios y ciudades, ayudarían a encuadrar a los extranjeros rebeldes en una fuerza de trabajo flexible y sumisa. Para la Liga, esta meta era sinónimo de nacionalismo. Confirmando el carácter nacionalista del plan de estudios —como lo definía la Liga—, Carlés anunció orgullosamente que las escuelas de señoritas eran de naturaleza “exclusivamente argentina”.³⁰

Los hombres y mujeres de la Liga tenían ciertos sentimientos nacionalistas que trascendían el objetivo de refrenar al proletariado. Desde 1920 hasta por lo menos fines de los años treinta, las señoras de la Liga organizaron exposiciones anuales y ventas de textiles confeccionados por mujeres criollas y aborígenes del interior. Su intención era ayudar a un grupo desposeído cuyos orígenes eran genuinamente autóctonos. Por otra parte, las ferias de textiles ponían de manifiesto la convicción liguista sobre el estímulo y protección de las industrias nacionales —particularmente las más antiguas— que utilizaban insumos locales.³¹

Un tema de fundamental importancia que se discutió en los congresos anuales de la Liga fue la cuestión de la dependencia económica del país. Aunque algunos liguistas eran empresarios extranjeros o trabajaban para compañías foráneas, distintos oradores advirtieron sobre los peligros que entrañaba el capital extranjero. Los oradores liguistas observaron que la economía local funcionaba en beneficio de otros países, en lugar de hacerlo en beneficio propio. Sostenían que la nación debía reafirmar el control sobre sus recursos naturales y sobre el sistema económico. Luis Zuberbühler —importante hombre de negocios, oficial liguista y presidente de la influyente organización patronal Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (CACIP)— pedía a los argentinos que invirtieran fondos y capacidad en la industria, para que los nacidos en el país controlaran más empresas. Otros miembros de la Liga proponían establecer aranceles más altos para los productos importados, una marina mercante nacional, restricciones a los capitales extranjeros, más inversión pública y esfuerzos oficiales para reducir la deuda externa.³²

La liga vinculó el problema del nacionalismo económico a la cuestión obrera. Por ejemplo, entendía que la industrialización era un medio eficaz para pacificar el mundo del trabajo. Los liguistas creían que con industrias prósperas crecería el nivel de empleo y así se reduciría el descontento obrero. También —según los liguistas—, podrían calmar el descontento de los trabajadores con un sistema de seguridad social, participación en las ganancias de las empresas, una reforma agraria y otros proyectos similares. Además, algunos miembros de la Liga recurrieron al concepto de lucha de clases para explicar el subdesarrollo. Optaron por responsabilizar a los obreros de las deficiencias de la industria nacional, desviando la atención del problema central: el dominio ejercido por el capital externo. Varios expositores en los congresos de la Liga sugirieron que, en realidad, los obreros en los países subdesarrollados compartían un interés con sus patrones: el de fortalecer la economía y aumentar el bienestar de todos. Las exigencias de los obreros y las huelgas impedían el funcionamiento de las empresas nacionales y por lo tanto eran antinacionalistas.³³ Carlés estableció una conexión entre el capitalismo extranjero —que sometía al país a directivas provenientes del exterior— y los izquierdistas, que también explotaban a la Argentina en provecho de una ideología foránea.³⁴ Desde su punto de vista, el capitalismo y la amenaza izquierdista estaban unidos en contra de la autonomía nacional.

Carlés admitía que en el pasado la Argentina había adoptado — por conveniencia— algunas ideas extranjeras en el terreno científico y en política económica. También reconocía su propia deuda — y la de la Liga— con el positivismo europeo, y la doctrina católica. No obstante, Carlés creía que la izquierda era extranjera y la Liga argentina. Su organización respetaba a la patria y su estructura social basados en la familia, la propiedad y la autoridad, que la izquierda buscaba destruir. En lugar de la tradición argentina de progreso en orden, los extremistas querían instalar una ideología basada en el conflicto de clases. Carlés la definía como extranjera porque era un conjunto de ideas surgido en el ámbito de la Europa industrial. Según el líder de la Liga, dicha ideología no era representativa de la realidad social de un país subdesarrollado como la Argentina, donde en su opinión no había un proletariado ni una clase capitalista fuerte; la izquierda, por supuesto, discrepaba de esta visión.³⁵ Para la Liga por el contrario, sus ideas eran autóctonas, no obstante haber incorporado en su visión algunas corrientes de pensamiento europeo del siglo XIX.

¿Había influido la derecha europea contemporánea en las ideas de la Liga? La misma crisis de posguerra había influido tanto en la formación de la Liga como en la de grupos europeos afines. La Liga surgió a comienzos de 1919, antes que el fascismo en Italia o el régimen de Primo de Rivera en España, y aproximadamente al mismo tiempo que el Partido de los Trabajadores alemán, núcleo del nacionalsocialismo. La fecha de estos sucesos muestra que estos movimientos no influyeron en la etapa formativa de la Liga; la Liga tampoco reconocía haberse inspirado en Charles Maurras, el contrarrevolucionario francés más importante de comienzos del siglo XX. Las actas de los Congresos y el material de propaganda y difusión de la Liga contenían pocas referencias a los movimientos europeos. Durante una discusión sobre reforma agraria, Carlés citó laudatoriamente el programa fascista italiano de distribución de tierras, destacando que se hacía improbable que los campesinos, convertidos en pequeños terratenientes se hicieran bolcheviques.³⁶ En otro discurso, Carlés comparó a la Liga con las fuerzas tradicionalistas europeas que se habían unido bajo el estandarte de la nación para combatir y derrotar al “peligro rojo”.³⁷ Puede verse que, si bien las ideas europeas no determinaron programas o doctrinas específicas de la Liga, Carlés tenía conocimiento de la existencia de grupos antiizquierdistas similares en el exterior.

La Liga se puso en contacto con representantes extranjeros, en parte para iniciar relaciones con grupos afines allende las fronteras del país. Funcionarios portugueses y suizos en la Argentina visitaron la sede de la Liga, así como una delegación del gobierno francés.³⁸ Antes del centenario de la independencia brasileña, Carlés felicitó al gobierno de Brasil y envió a la legación brasileña un folleto donde describía a su organización en portugués; la Liga también tenía preparados folletos tanto en inglés y alemán como en español. Pedro de Toledo, integrante de la legación, agradeció a Carlés el envío del material y lo invitó a la celebración de la independencia en Río de Janeiro. El funcionario diplomático agregaba que, con su asistencia, la Liga fortalecería la amistad entre los dos países y los lazos con grupos similares en Brasil.³⁹ En octubre de 1920, Carlés envió una carta, un folleto y otras publicaciones al embajador norteamericano Frederic J. Stimson. El presidente de la Liga pidió a Stimson que lo pusiera en contacto con organizaciones similares en Estados Unidos para una posible acción conjunta contra el anarquismo. Según Carlés, era imperioso iniciar esta lucha, porque “si todos los hombres defensores del orden se unieran”, podrían derrotar los esfuerzos de quienes no “respetan el patriotismo” y buscaban destruir el orden social. La carta de Carlés y las publicaciones llegaron a manos del ministro de Justicia A. Mitchell Palmer —conocido por su papel en el “Miedo Rojo”—, quien confeccionó para la Liga una lista de organizaciones antiizquierdistas. Estos ejemplos revelaban la intención de la Liga de fortalecer

vínculos tanto con grupos análogos como con los gobiernos que, de hecho, eran afines a la Liga y sus colegas.⁴⁰

Con el tiempo, la Liga estableció vínculos con grupos antiizquierdistas en Estados Unidos, Uruguay, Chile, Bolivia, Brasil, Perú, Alemania, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Dinamarca y, posiblemente; Suiza y Portugal. Por ejemplo, delegados de la Liga visitaron la Ligue Civique en Francia y National Propaganda en Gran Bretaña; la Liga Patriótica Militar (LPM) de Chile incluso, envió representantes ante la Liga.⁴¹ Así, un delegado de la LPM fue incorporado a la Junta Central. Carlés declaraba el anhelo de fortalecer la “fraternidad internacional” para justificar esta medida, haciendo hincapié en que ambas instituciones se necesitaban y tenían tareas comunes, como fortalecer la “nacionalidad” y el respeto a las instituciones. La única evidencia clara de la concreción de tal colaboración fue una ceremonia de la LPM en Santiago de Chile —en julio de 1922— para homenajear a la Liga.⁴² No obstante, tanto para la Liga como para la LPM, la nacionalidad transcendía, evidentemente, las fronteras.

A pesar de sus relaciones con la LPM y otros grupos del exterior, la Liga no creó una “internacional nacionalista”. La movilización obrera de pos guerra, que había estimulado la formación de la Liga y organizaciones similares en otras partes de América Latina, fue efímera. Hacia 1922, los intereses patronales en la región habían sofocado la amenaza obrera, haciendo innecesarias medidas de largo alcance, como una red internacional de milicias antiizquierdistas. No obstante, los esfuerzos de la Liga en esta dirección y su protección de las compañías extranjeras demostraban su débil nacionalismo aunque, en realidad, se evidenciaba alguna preocupación por la independencia económica del país y por sus tradiciones nativas. Incluso “La visión de patria”, como se denominó una película de su campaña contra la subversión,⁴³ simbolizaba el punto de vista de las clases altas criollas y extranjeras, no de la nación en su conjunto. Para derrotar lo que interpretaba como una amenaza internacional, la Liga estaba dispuesta a cruzar los límites nacionales. En su vocabulario, la nacionalidad no significaba per se el pueblo argentino, sino una concepción idealizada de las relaciones obrero-patronales que, según la Liga, habían existido en el pasado en la Argentina y otros países. Esta definición de nacionalismo influiría en los grupos derechistas de la década y también en los grupos surgidos en los años posteriores.

Transición al nacionalismo

Según liguistas y otras figuras, la amenaza a la nacionalidad argentina resurgió a fines de los años veinte. En respuesta a esta situación, se conformó un nuevo movimiento derechista a partir de varias vertientes, que tomó la denominación de “nacionalista”. A diferencia de la Liga —un grupo cohesionado surgido en enero de 1919—, los nacionalistas provenían de varios sectores y organizaciones, y no hay un dato específico que marque sus inicios. También, en contraste con su predecesora, los nacionalistas consagraron más atención al pensamiento que a la acción. Por lo tanto, para explicar sus orígenes se debe enfatizar en las condiciones que incentivaron su movilización y la evolución de su pensamiento.

Para la derecha, Hipólito Yrigoyen hacía peligrar su posición política y social. El líder radical y el sector del partido que le respondía habían conseguido incrementar el poder de la clase media inmigrante. Con el reconocimiento del movimiento de la reforma universitaria Yrigoyen había

facilitado el acceso a la educación superior, la administración pública, las profesiones liberales y los servicios públicos para los sectores medios urbanos. Con la implantación de un monopolio estatal sobre el petróleo (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) y la ampliación de los puestos en el aparato estatal, se crearon nuevos empleos para los integrantes de dicho sector, que se incorporaron también a la organización partidaria y al aparato estatal. Estas políticas, junto con la imagen radical de integridad y democracia, obtuvieron el favor popular y se tradujeron en éxitos electorales. Durante su primera presidencia, Yrigoyen había utilizado el recurso constitucional de la intervención federal para deshacerse de la oposición conservadora que dominaba varias provincias argentinas. Su correligionario Marcelo T. de Alvear lo sucedió en la presidencia de la nación y, en 1928, al concluir el mandato de Alvear, Yrigoyen fue reelecto. El Triunfo electoral de Yrigoyen en 1928 y las intervenciones federales previas permitieron a la Unión Cívica Radical lograr la mayoría en la Cámara de Diputados ese año. Sólo el Senado permanecía en manos de la oposición. Para los opositores a Yrigoyen —radicales antipersonalistas, las varias facciones conservadoras, la Liga y los jóvenes vástagos de la elite— la democracia parecía representar una pérdida permanente del poder político a manos de los despreciados “nuevos argentino”. Identificaban el aparentemente perpetuo liderazgo yrigoyenista con una dictadura. Sin embargo, como el incremento de su poder derivaba de un legítimo consenso popular, sus oponentes veían al gobierno radical como la dictadura de las masas que, indefectiblemente, llevaría al país hacia el comunismo.

A diferencia de su amplia definición de dictadura, la concepción liguista de los derechos civiles bajo el sistema democrático siempre había sido muy estrecha. Para Carlés, vivir, trabajar y adquirir bienes con las ganancias del propio esfuerzo era uno de los derechos fundamentales del individuo. La única libertad adicional que aprobaba para los embajadores era permanecer “libres” del sindicalismo, libertad fomentada por la Liga mediante sus tácticas antiobreras. El líder de la Liga se oponía a la libertad de pensamiento, pues disponer de dicha libertad no garantizaba su utilización responsable.⁴⁴ La represión liguista contra el Partido Socialista y las manifestaciones obreras pacíficas demostraba claramente su desprecio, por la libertad de expresión. Además, su énfasis en la autoridad y el respeto que a ella le debían las clases bajas contradecía el ideal democrático de igualdad. De hecho, la idea de democracia que sostenía Carlés no incluía la igualdad o el derecho de hacerse valer. En 1920, definió este tipo de sistema político como un estado de justicia para todos. Sin embargo, con el correr de la década, prefirió cada vez más el término “república” a “democracia”, observando que los fundadores de la nación habían establecido la primera, no la segunda.. Una república aseguraba el bienestar de todos, pues se basaba en el respeto mutuo, decía. En 1928 deseaba una república en tanto estado social donde impera la disciplina, el principio de autoridad, la seguridad individual y el trabajo propio y la paz civil.⁴⁵ Implícitamente, Carlés oponía la supuesta estabilidad del gobierno de la elite con lo que consideraba turbulencia e inclinación izquierdista de la democracia. No obstante, los numerosos conflictos del período comprendido entre 1880 y 1916 contradecían su opinión.

Carlés y otros miembros de la clase dominante temían que, detrás de la democracia yrigoyenista, acechara el peligro de la disolución social. Esta concepción es determinante para explicar la creación de la Liga. Sin embargo, la pacificación del movimiento obrero lograda hacia 1922 y la presidencia del aristócrata Alvear habían calmado las aprehensiones de la clase alta con respecto a la democracia. Sin embargo, estos temores aún no habían desaparecido, y en 1923 Carlés denunció a “las malas raleas políticas que estimulan la concupiscencia de los bajos fondos sociales a cambio del voto electoral”.⁴⁶ Ese mismo año, coorganizó la serie de conferencias de Leopoldo Lugones, ámbito

en el cual el poeta repudió definitivamente sus simpatías revolucionarias de juventud. Lugones vinculó su recién descubierta aversión hacia el izquierdismo extranjero con su repulsión por “la clientela de la urna y del comité”. El autor de *Lunario sentimental* depositaba sus esperanzas nacionalistas y de paz social en el Ejército, y no en la democracia. Estas ideas fueron reafirmadas categóricamente en el famoso discurso que pronunció en Lima, “La hora de la espada”, en 1924 que, significativamente, fue publicado por el *Círculo Militar*.⁴⁷

La reelección de Yrigoyen y el recuerdo de sus supuestos sentimientos proobreros exacerbaron los temores de la elite en torno a la relación entre democracia e izquierdismo. En abril de 1928, inmediatamente después de la victoria electoral del caudillo radical, Carlés convocó a los presidentes de las brigadas de la Capital Federal a una reunión privada, a fin de asegurarse de que había predisposición para mantener el orden, si las autoridades no actuaban con firmeza ante las provocaciones obreras. En octubre, a los pocos días de asumir Yrigoyen, las brigadas metropolitanas habían aprobado la propuesta de Carlés para reestablecer la formación parapolicial que la Liga había utilizado contra los obreros en sus primeros tiempos. Al año siguiente, cuando Yrigoyen se demoró en responder a las huelgas en Rosario, los miembros de las clases altas se quejaron porque el Gobierno flaqueaba ante el bolchevismo. En realidad, había pocas señales de combatividad obrera. No obstante, Carlés insistía en que el movimiento reformista universitario había alterado la disciplina y la autoridad en la educación, además de difundir las ideas bolcheviques. La Liga también anunció que los radicales estaban cooperando con los anarquistas para asegurarse el voto obrero (a pesar de que ellos no votaban) y ocultaban los abusos cometidos por los trabajadores. En mayo de 1930, Carlés declaró que la administración de Yrigoyen había hecho un pacto con “los corifeos del anarquismo”.⁴⁸

Para entonces, la Gran Depresión había llegado a la Argentina y un septuagenario Hipólito Yrigoyen parecía incapaz de combatir la crisis económica, el caos administrativo y la decidida oposición en el Senado. La violencia que reinaba entre los radicales y sus adversarios es una prueba de la decadencia política que el Presidente no lograba detener, o a la que incluso podría haber contribuido. Gravemente dividido por luchas internas dentro del partido gobernante, el Congreso era igualmente impotente para enfrentar la crítica situación. No es sorprendente que, en medio de este clima, creciera la predisposición popular para un cambio político. Para oponerse a Yrigoyen, otros grupos se sumaron a la Liga, entre los que se contaban facciones conservadoras y radicales antipersonalistas. El más importante de éstos fue el Ejército. Exasperados por la intromisión del Presidente en sus asuntos, ciertos oficiales comenzaron a conspirar contra el Gobierno. Algunos de estos conspiradores encontraban atractivas las ideas antidemocráticas.⁴⁹

Las ideas antidemocráticas habían ido tomando cuerpo lentamente durante la primera parte de la década. De hecho, la misma situación que inspiró la formación de la Liga —la combatividad obrera de posguerra— catalizó la nueva corriente derechista: los nacionalistas. Los disturbios obreros de la Semana Trágica habían repugnado a futuros nacionalistas, como Lugones, el antiguo dirigente del Partido Demócrata Progresista (PDP) Carlos Ibarguren y el médico Juan Carulla, despertando en ellos una preocupación por el orden. Carulla, durante un viaje realizado en plena guerra europea, ya había “aprendido” que los socialistas no apoyaban los esfuerzos bélicos en sus respectivos países —una lección inexacta— y que los verdaderos nacionalistas tendrían que oponerse a ellos por su falta de patriotismo.⁵⁰

El desprecio por la izquierda condujo a muchos jóvenes intelectuales de clase alta hacia el catolicismo. Esta era otra consecuencia de los hechos de enero de 1919. El Catolicismo Social había respondido a la Semana Trágica organizando la Gran Colecta Nacional a fin de contribuir al “restablecimiento y consolidación de la paz social” en la Argentina. Su oposición a los sindicatos y al conflicto de clases lo acercaba a la Liga; de hecho, siete de los once miembros del comité financiero de la Colecta eran liguistas, como otros organizadores y contribuyentes. La Colecta destinó la mayor parte de lo recaudado a proyectos orientados a paliar las carencias de la clase trabajadora, como el alojamiento. Sin embargo, creyendo que el mantenimiento de la paz social requería llevar el mensaje antirrevolucionario no sólo a los obreros sino también a los futuros líderes, se destinó parte de los fondos a la educación católica. Así, la Colecta envió dinero —entre otras instituciones— al Ateneo Social de la Juventud, fundado en 1917 por Atilio Dell’Oro Maini (miembro de la Liga y de la Asociación del Trabajo) y Tomás Casares (juez y docente) como un medio de inculcar valores católicos en la juventud.⁵¹

En 1922, con miras más ambiciosas, Dell’Oro Maini, Casares y César Pico colaboraron en la creación —con fondos de la Colecta— de los Cursos de Cultura Católica. Los estudiantes leían y discutían la doctrina tomista y los trabajos de autores europeos católicos ortodoxos y derechistas. Un participante, tiempo después, recordaba a la generación de los Cursos como “disidente con inclinación a la tradición y la derecha, pero disidente”. Su gran valoración de la jerarquía, la espiritualidad, el heroísmo, la disciplina y el corporativismo —los valores de la Edad Media católica— colocaba a los participantes de los Cursos y sus grupos paralelos, Convivio y Baluarte, en contradicción con el orden contemporáneo. Esta hostilidad hacia el statu quo caracterizaba también a las revistas católicas *Criterio* (1928) y *Número* (1930-1931), cuyos colaboradores asistían a los Cursos.⁵²

Los católicos frecuentemente discutían los trabajos de Charles Maurras, quien ejercería durante este período la más importante influencia extranjera sobre el nacionalismo. En 1925, Julio Irazusta—que pronto se convertiría en uno de los intelectuales nacionalistas más importantes— caracterizó el pensamiento contrarrevolucionario francés como “un magnífico modelo para una acción conservadora”.⁵³ Maurras alababa al Antiguo Régimen y detestaba la Revolución que lo había derrocado. En su opinión, antes de 1789, un sistema hereditario de instituciones intermedias, como estamentos, familias, gremios, la monarquía, y, en particular, la Iglesia católica, promovía jerarquías, obediencia y armonía. Maurras atribuía la caída del admirable Antiguo Régimen a las fuerzas del judaísmo y la cristiandad “judía” (no romanizada), y al tribalismo alemán y el protestantismo que, con su pernicioso énfasis en la libertad individual y el humanismo, habían creado la doctrina de la Revolución francesa. Los republicanos liberales fundaron un nuevo sistema, en el cual conceptos abstractos como libertad y democracia adquirirían preeminencia sobre el de bienestar nacional. Entrenada para gobernar bien, la vieja elite del período monárquico había sido reemplazada por los ricos, los ambiciosos, las masas ignorantes y los liberales republicanos que hacían el juego a estos grupos. Además, las tendencias anárquicas y materialistas de la democracia liberal portaban inevitablemente —para Maurras— la amenaza de la revolución proletaria. Según Maurras, como el liberalismo había iniciado el proceso de decadencia francesa, el líder de *Action Française* había dirigido la mayor parte de su ira hacia aquél, en lugar de concentrarse en la izquierda.

Maurras entendía como un axioma que la monarquía debía volver al poder, pues era responsable de la gloria francesa. Sólo una conspiración de los enemigos extremos y sus aliados internos podía explicar el fracaso en reinstaurar este sistema de gobierno “natural”. Las corrientes

revolucionarias liberales e izquierdistas, y las otras fuerzas que amenazaban la unidad y la estabilidad francesas —como el capitalismo internacional, el anticlericalismo y el pacifismo, según Maurras— también eran extranjeras, principalmente de origen judío y alemán.

Las concepciones de Maurras ponían en aprietos a los nacionalistas argentinos. Por ejemplo, su idealizada concepción del Antiguo Régimen era una abstracción del mismo tipo que los principios liberales que despreciaba. No obstante, a pesar de su visión utópica del pasado, él se consideraba un observador perspicaz de la realidad concreta. Irazusta reconoció lo problemático del pensamiento de Maurras: esto es, su creencia en que la política era una ciencia de lo particular y no podía reducirse a un sistema; el líder de Acción Francesa había ido más allá y terminó creando su propio sistema.⁵⁴ Con algunas acepciones, la mayoría de los nacionalistas rechazaban la monarquía al estilo maurrasiano, pues tenía escasa relevancia en un país con firmes tradiciones republicanas. En 1926, el Papa condenó a Maurras por pretender convertir la religión en algo subsidiario de la política y obligó a que sus más recientes admiradores nacionalistas moderaran su entusiasmo.

Si bien los nacionalistas no adoptaron ciegamente todas las enseñanzas de Maurras, encontraron allí muchos elementos atractivos. Compartieron su oposición al liberalismo, al parlamentarismo y al marxismo, así como la fusión de dichas doctrinas bajo el título de “disolventes”. También, los nacionalistas abogaron por un Estado fuerte, bajo el control de una elite; el régimen, responsable del progreso argentino en el pasado, debía ser restaurado. Una “democracia funcional”, representativa de las genuinas fuerzas sociales —en la idealizada monarquía de Maurras, aquellas que habían gobernado—, debe reemplazar a la versión argentina de la democracia, que ellos creían sólo representaba a políticos demagógicos profesionales y fomentaba la anarquía. Contrarios a la inmigración, los nacionalistas compartían el odio de Maurras por los extranjeros. Y, cada vez más después de 1930, los nacionalistas creían en la existencia de una conspiración contra los intereses argentinos dirigida desde el exterior, que unía a liberales, demócratas, izquierdistas, capitalistas extranjeros y judíos.⁵⁵

Benito Mussolini también, aunque en menor grado que Maurras, suscitó interés y admiración entre los nacionalistas. Algunos desconfiaban de sus tendencias personalistas y dictatoriales, pero aprobaban su gobierno fuerte e intervencionista, la derrota de la izquierda y las buenas relaciones con la Iglesia católica. El novelista Manuel Gálvez —frecuente colaborador en *Criterio* y otras publicaciones nacionalistas— era uno de los admiradores de Il Duce. Desde su particular óptica, la dictadura moderna —iniciada con el régimen fascista italiano representaba la primera fase de un retorno a los principios políticos clásicos de orden y equilibrio, razón, derecho romano y primada de lo espiritual sobre lo material. Reconocía que Mussolini había recurrido a medios extremos para restaurar la política clásica y suprimir el espíritu revolucionario, pero tales métodos estaban supeditados a una meta loable, según su concepción.⁵⁶

La incipiente corriente nacionalista recurrió también a fuentes españolas. Nacionalistas culturales como Gálvez —hispanista imperturbable— estaban distanciándose del desprecio de la clase alta por la herencia española. La llegada al país de José Ortega y Gasset (1928) —cuyo articulado elitismo encontró un difusor en César Pico— y de Ramiro de Maeztu —embajador de España en la Argentina— impulsó el interés por los pensadores conservadores españoles del siglo XIX como Juan Donoso, Cortés y Juan Vásquez de Mella. Los nacionalistas recibieron a De Maeztu con elogios para la España de Primo de Rivera. Consideraban que De Maeztu era capaz de colaborar

en reunir a España y la América española en una comunidad dedicada a los comunes objetivos contrarrevolucionarios.⁵⁷ Con reminiscencias del antiguo interés de la Liga por la creación de una red mundial antiizquierdista, esta manifestación de internacionalismo contradecía la supuesta devoción de los nacionalistas por la autonomía política y cultural de la Argentina. De todos modos, De Maeztu se reunía frecuentemente tanto con Julio Irazusta y su hermano Rodolfo, como con participantes de los Cursos. Según Julio Irazusta, gran parte del libro de De Maeztu *Defensa de la Hispanidad* (1934) surgió de estas discusiones; por consiguiente, la influencia fue mutua.⁵⁸

El nacionalismo no sólo era deudor del catolicismo, Maurras y el hispanismo, sino también de Lugones. El poeta continuó sus discursos antiizquierdistas y antiliberales de 1923 y 1924 con la publicación de *La organización de la paz* (1925), una diatriba contra la democracia, la cristiandad, el marxismo y todas las demás nociones de fraternidad universal. En oposición a estas abstracciones, Lugones ponía de relieve lo que consideraba realidades concretas: biología, raza, nación, fuerza y jerarquía. Julio Irazusta — biógrafo que sentía simpatía por el poeta— admitió después que Lugones llevó su darwinismo social y su nietzscheanismo hasta extremos “increíbles”.⁵⁹ Ernesto Palacio, otra figura importante del nacionalismo, describió a Lugones como un fascista.⁶⁰ El componente católico de su formación llevó a los nacionalistas a repudiar el paganismo y el extremismo de Lugones, aunque lo admiraban como un maestro y compartían con él algunos enemigos. Después del golpe de Estado de 1930, las ideas económicas, sociales y políticas de los nacionalistas convergieron con las de Lugones, quien se sumaría a sus organizaciones; antes de ese año, el poeta no pertenecía al campo nacionalista.

La ideología nacionalista, derivada eclécticamente de fuentes extranjeras y locales, se discutió durante estos años en dos publicaciones: *La Voz Nacional* y *La Nueva República* (LNR). *La Voz Nacional* circuló entre marzo y noviembre de 1925. Entre quienes financiaban la publicación estaban Juan Carulla y varios extranjeros: un comienzo poco auspicioso para un órgano de difusión nacionalista. Sin embargo, el periódico atrajo hacia el terreno nacionalista al general José F. Uriburu, futuro líder de la asonada de septiembre de 1930. Uriburu, que era uno de sus escasos suscriptores, había participado en la revolución de 1890 contra el régimen y en el PDP, y estaba desilusionado con la democracia.⁶¹

Dos años después, cuando *La Voz Nacional* se quedó sin financiamiento, apareció LNR, convirtiéndose en el principal órgano de prensa del nacionalismo entre 1927 y 1931. Los orígenes políticos de su grupo editorial eran diversos; los hermanos Irazusta provenían de una familia provinciana antipersonalista: Palacio y Carulla, de la izquierda; y varios más, de las filas personalistas y del PDP. Maurras conservaba un gran atractivo para Carulla, los Irazusta y otros, pero menos para el católico conservador Pico y el recientemente convertido Palacio. Un maurrasiano monárquico abandonó la nueva revista debido a su republicanismo —reflejado en el título—, además de producirse otras deserciones ideológicas. No obstante, los que quedaron se unieron en la oposición a la demagogia yrigoyenista, al liberalismo, al socialismo, a la inmigración, a la reforma universitaria, al electoralismo, a los que veían como disolventes elementos extranjeros; también compartían otro elemento unificador: su preferencia por un fuerte Estado corporativo, encabezado por una elite sin definición partidaria. Interpretaban su tarea como la reversión de la desorientación espiritual y el “caos” ideológico de los sectores gobernantes, una tendencia que llevaba ya cuatro décadas y se había iniciado al finalizar la presidencia de Roca. La preocupación fundamental de LNR hasta el golpe de 1930 fue modificar las ideas sobre el gobierno de la elite.⁶²

Parte del deber pedagógico de LNR era convencer a sus lectores de que el sistema democrático contravenía las tradiciones republicanas y los mejores intereses de la nación. Como escribió Rodolfo Irazusta en una serie de artículos, la “democracia no está en la Constitución”. Él creía que los padres fundadores de la Nación habían omitido esta palabra porque significaba desorden. La Constitución argentina reflejaba los sentimientos republicanos de sus autores. El republicanismo ponía el interés nacional por encima de los intereses particulares y así representaba lo opuesto a la democracia, según el círculo de LNR. La Constitución y el republicanismo se diferenciaban de la democracia porque representaban el imperio de la ley en lugar de la voluntad de las masas, el federalismo en lugar de una dictadura centralista y la representación de las fuerzas vivas en lugar de los partidos políticos. LNR proclamaba que los verdaderos nacionalistas argentinos eran firmemente republicanos.⁶³

Los escritores de LNR derivaban parcialmente sus ideas republicanas de fuentes clásicas. Sin embargo, gran parte de su inspiración provenía de Carlés, quien a fines de los años veinte emergió como el principal portavoz de la oposición gubernamental. Para Rodolfo Irazusta, las similitudes entre el pensamiento de Carlés y de LNR no eran sorprendentes, pues el presidente de la Liga era el precursor del republicanismo real pregonado por la revista. Unos años antes, Carlés había empezado a diferenciar la república de la democracia y se inclinaba por la primera.⁶⁴ LNR frecuentemente seguía las intervenciones públicas de Carlés y elogiaba sus ideas. El líder liguista estaba de acuerdo con los nacionalistas sobre la necesidad de recuperar y reinstaurar los valores religiosos, las jerarquías sociales y la subordinación de las libertades individuales al interés nacional. También coincidían en otro tema: igualaban orden y nacionalismo; además ambos definían a los enemigos internos de la Argentina como extranjeros. Carlés y los nacionalistas rechazaban por igual liberalismo, socialismo y lucha partidaria, e impulsaban un gobierno elitista. Hacia finales de los años veinte, Carlés consideraba agentes de la disolución por igual a los liberales demócratas y a los obreros izquierdistas.

Por otra parte, Carlés y muchos nacionalistas rescataban el espíritu originario del radicalismo, considerándose sus continuadores. Carlés había comenzado su carrera política en 1890, asistiendo a la primera reunión de la Unión Cívica —antecedente de la UCR—, que se rebelaba contra el corrupto régimen liberal de Miguel Juárez Celman (1886-1890). Dos nacionalistas, Uriburu y su primo Carlos Ibaguren, también fueron militantes de la Unión Cívica. Carlés participó en la abortada revolución radical de 1893, manteniendo sus simpatías por el radicalismo, como se dijo anteriormente. Según los nacionalistas, el primer radicalismo había defendido la Constitución con las armas y era favorable a la Iglesia católica. Además, había sido criollo, muy diferente del carácter predominantemente inmigrante que había adquirido bajo la conducción de Yrigoyen. Ahora, el partido simbolizaba “la revolución en toda su crudeza” y, por lo tanto, se hacía merecedor de la oposición del nacionalismo.⁶⁵ Como la describían, esta revolución incluía tanto a las clases medias como a las más bajas.

Algunos nacionalistas también tuvieron simpatías por el PDP. Ibaguren colaboró y participó en la redacción de su plataforma electoral para los comicios de 1916 y fue candidato presidencial en 1922. También militaron en las filas del PDP nacionalistas como Uriburu y su primo Francisco Uriburu, editor de *La Fronda* (un órgano del partido Conservador) e importante apoyo de la Liga y de LNR. Los nacionalistas señalaban que Lisandro de la Torre no sólo se había opuesto al corrupto régimen partidario, sino también a la “demagogia sin ideas” de Yrigoyen. Sin embargo, su decidido

anticlericalismo disminuía el atractivo que tenía para los nacionalistas católicos, que también comenzaron a pensar que el PDP era excesivamente democrático para sus preferencias.⁶⁶

Estas afinidades mostraban la ambivalencia nacionalista con relación al régimen y sus sucesores. Inicialmente, Julio Irazusta y Carulla eran favorables al retorno de un tipo de gobierno al estilo Roca. Creían que bajo sus gobiernos el espíritu de la clase gobernante, cuyos intereses estaban asociados a los de la Nación, se había impuesto a las disputas partidarias. Pocos meses después, Rodolfo Irazusta sostenía que instalar una elite republicana no significaba volver a los “gobiernos de familia” que habían regido los destinos del país durante medio siglo. Otros cuestionaban si Roca había sido nacionalista, ridiculizando el tono estéril, partidista, anticlerical y burgués de su gestión y del régimen que había ayudado a crear. Cuestionaban al régimen por engendrar la demagogia mediante la reforma electoral, y al partido Conservador por competir con el radicalismo por el apoyo de las masas. En su opinión, el oportunismo y la carencia de una doctrina sólida en los conservadores estaban llevando al partido a la izquierda del radicalismo. Así, para los nacionalistas, el Partido Conservador había perdido el derecho a gobernar, pues la primera tarea de un partido verdaderamente nacional era combatir a la izquierda.⁶⁷ Aun a pesar de estas declaraciones, los nacionalistas querían sumar a los conservadores a su causa. Evidentemente, el oportunismo se encontraba en ambos lados.

Los conservadores y los escritores de LNR se incorporaron a las varias fuerzas nacionalistas en la lucha por derrocar al Presidente.⁶⁸ La Liga Republicana —creada en 1929— trasladó a las calles los combates ideológicos de Carlés y LNR contra Yrigoyen. Sus integrantes se manifestaron ruidosamente contra el Gobierno, difundieron propaganda antiyrigoyenista y se enfrentaron con los radicales, con los estudiantes universitarios y, en los meses previos a septiembre de 1930, con la policía. Para 1930, la Liga Republicana había sumado algunos cientos de miembros y a poderosos aliados: La Fronda, el general Uriburu y sus colegas afines, con los cuales planeaba un golpe de Estado. Durante su actividad conspiradora, LNR y los republicanos modificaron su pensamiento político. Declararon que convalidaban únicamente el preámbulo, y no toda la Constitución, como antes. Evidentemente, la Constitución era más democrática de lo que podían tolerar. Situados en esta posición, sólo los separaba un corto trecho de las declaraciones posteriores al golpe sobre la necesidad de revisar el texto constitucional y adaptarlo a su pensamiento para permitir la instauración de un sistema corporativista. Sólo el Ejército era capaz de llevar adelante este cometido, el cual se hallaba por encima de todos los partidos políticos. Del mismo modo que para la Liga en la primera parte de los años veinte, el orden era más importante que la tradición argentina.

Un nuevo grupo se sumó a la lucha antigubernamental en agosto de 1930: la Legión de Mayo. A diferencia de sus camaradas republicanos, quienes se oponían no sólo al partido gobernante sino también al sistema electoral, los Legionarios criticaban los abusos yrigoyenistas, aunque elogiaban la supuesta democracia que había existido entre 1810 y 1912. Fueron portavoces de las ideas de los conservadores, que simplemente deseaban reinstalarse en los cargos públicos; así, se convirtieron en blancos para LNR. Los aproximadamente mil revolucionarios disimularon sus diferencias, encolumnándose tras el diputado conservador y legionario Alberto Viñas y colaborando en el encumbramiento de Uriburu el 6 de septiembre de 1930 (como se verá en el capítulo “La derecha durante la Década Infame, 1930-1943”). Sin embargo, las discrepancias entre la extremista Liga Republicana y LNR, por un lado, y la moderada Legión de Mayo, por el otro,

anunciaban futuras tensiones entre nacionalistas y conservadores durante el gobierno de Uriburu (1930-1931) y a lo largo de los años treinta.

Muchos argentinos vieron en el régimen de Uriburu la restauración del gobierno elitista. De hecho, la composición de los grupos nacionalistas que colaboraron en su ascenso al poder reflejaba sus raíces aristocráticas.⁶⁹ Aproximadamente el 60 por ciento de los miembros del círculo de LNR, la Liga Republicana y la Legión de Mayo pertenecían a la clase alta, porcentaje que se elevaba en el caso de los nacionalistas más fervorosos —los que pertenecían a más de un grupo— hasta el 84 por ciento. Por otra parte, era habitual que muchos nacionalistas provinieran de familias con algún grado de parentesco; el 36 por ciento del grupo estudiado y el 47 por ciento de los más entusiastas, estaban estrechamente relacionados con otros nacionalistas. Además, el 3 por ciento había participado en la Liga Patriótica Argentina y el 14 por ciento tenía vínculos muy estrechos con integrantes de dicha organización, lo que indica un bajo nivel de interrelación. Como los nacionalistas solían ser jóvenes (en 1930, su media de edad era treinta y un años), pocos de ellos estaban en el Gobierno antes de que los radicales llegaran al poder. El 35 por ciento ya habían sido elegidos o designados funcionarios antes de 1916 o, más comúnmente, tenían parientes muy cercanos ejerciendo algún cargo; lo mismo puede verificarse para el 47 por ciento de los nacionalistas más fervorosos. Cerca del 54 por ciento, o bien eran propietarios o bien pertenecían a familias terratenientes, lo mismo que el 69 por ciento de los nacionalistas más entusiastas, aunque este porcentaje llegaba sólo al 33 por ciento en el grupo de LNR. La gran concentración de estos últimos en las profesiones liberales, así como su ausencia relativa entre los terratenientes sugiere que los escritores de LNR eran aristócratas que únicamente podían justificar esta denominación con sus apellidos. Sin embargo, aunque en general algunos observadores caracterizaron a los nacionalistas como un grupo con movilidad social descendente,⁷⁰ existen pocos indicios para sostener esta afirmación a partir de 1930.

Sorprendentemente, sólo un integrante de un grupo nacionalista era militar, si se compara con la alta proporción de oficiales que integraban la Liga Patriótica Argentina. Pero muchos militares veían con buenos ojos el nacionalismo, particularmente porque les asignaba un papel preponderante en la creación de un nuevo sistema político. Ellos expresaron sus simpatías apoyando a Uriburu en 1930 y, después, oponiéndose a su rival, el más moderado general Agustín P. Justo (presidente entre 1932-1938). Además, algunos oficiales se incorporarían a las organizaciones nacionalistas en los años treinta.

El grado de participación militar en sus filas era una de las diferencias entre la Liga y los nacionalistas. Otra era la edad: la media entre los nacionalistas era dieciséis años menor que entre sus colegas de la Liga hacia 1920, grupo en el que el promedio de edad era de cuarenta y siete años. Aunque la mayoría de los líderes de la Liga y las mujeres liguistas provenían de la aristocracia, la base popular de los nacionalistas era más pequeña que la de sus predecesores. Cercanos lazos de parentesco reforzaban las lealtades de clase entre los nacionalistas (y entre las mujeres de la Liga), aunque no era este el caso entre los miembros masculinos de la organización de Carlés. Desde luego, las organizaciones nacionalistas eran mucho menores que la Liga de posguerra; al contrario de los liguistas, los nacionalistas denigraban a la clase media e hicieron pocos esfuerzos por reclutar nuevos miembros en este sector social antes de septiembre de 1930. Tampoco los nacionalistas intentaron optar a las mujeres para su causa en este momento. Las mujeres, con sus roles tradicionales de amas de casa y dispensadoras de caridad, se ajustaban

más a los planes de bienestar social de la liga que a las luchas ideológicas y callejeras de los nacionalistas.

La principal similitud entre los liguistas y sus sucesores era una participación parecida en el régimen, a través de cargos políticos o los de sus familiares. Pero incluso esta similitud es indicativa de una diferencia: un grupo que había estado lejos del poder político durante catorce años —y, por supuesto, otro que nunca lo había conocido— obligadamente estaba más descontento con el orden vigente que un grupo que había ejercido el poder pero lo había perdido sólo unos años antes, como los liguistas vinculados al régimen en 1920.

La comparación previa revela que los nacionalistas eran más jóvenes, más homogéneos y más desposeídos que sus precursores, también eran más extremistas. Las reacciones de nacionalistas y liguistas ante la gestión de Uriburu, demostraban estas diferencias. Tanto Carlés como los nacionalistas se congratularon con la persecución ejercida contra los trabajadores y la izquierda. Sin embargo, Carlés se opuso a la represión contra Alvear y otros radicales, modificando su postura favorable al régimen de facto. Los nacionalistas aprobaban esta represión, pero se sintieron defraudados y desilusionados por el fracaso de Uriburu en la implantación de una dictadura corporativista. Durante los años treinta, los nacionalistas siguieron militando por un sistema corporativista, en tanto Carlés y la Liga ahora se inclinaban por la democracia liberal.⁷¹

Los nacionalistas también fueron más extremistas que los liguistas en otros aspectos. Una buena medida de su extremismo era el antisemitismo. La pragmática Liga podía dar la bienvenida a “extranjeros” judíos como miembros de su organización; los nacionalistas nunca verían a los judíos como otra cosa que intrusos extranjeros. En contraste con los miembros de la Liga, que raramente hicieron comentarios antisemitas después de Villaguay; los escritores de LNR se regodearon frecuentemente expresando tales sentimientos.

Exigían el cierre de las fronteras para la inmigración judía —que según consideraban, había perjudicado al país— e identificaban a los judíos con sus enemigos: izquierdismo, liberalismo, internacionalismo, exportadores de granos que explotaban a los productores argentinos. Después del golpe de Estado de septiembre de 1930, “descubrieron” una “conspiración” judeo-capitalista-comunista contra la Argentina. Maurras y otros contrarrevolucionarios franceses colaboraban alentando esta visión antisemita, que se potenciaba con la propia frustración e impotencia política de los nacionalistas y el declive económico de la Argentina durante la Gran Depresión.

También existían otras diferencias entre nacionalistas y liguistas. A diferencia de estos últimos, los nacionalistas demostraban poco interés por la justicia social o la economía, aunque esto cambiaría después de septiembre de 1930. Esta actitud reflejaba otro cambio: la Liga orientaba sus esfuerzos hacia la cooptación y la represión de los obreros, en tanto los nacionalistas buscaban convencer al Ejército y a la clase alta sobre la necesidad de cambiar el sistema político.

A pesar de estas diferencias entre liguistas y nacionalistas, había una continuidad esencial entre las dos corrientes de la extrema derecha del período de los gobiernos radicales. Las ideas y sucesos internacionales influyeron en ambos movimientos, sobre todo en los nacionalistas, aunque también fueron afectados por la coyuntura nacional. Los dos grupos estuvieron vinculados a la clase alta y a la vieja elite, si bien la relación estuvo signada por tensiones y ambigüedades en

cada caso. Tanto liguistas como nacionalistas — éstos, particularmente— desconfiaban de la democracia, aunque también simpatizaban con aquellos que se habían rebelado contra el régimen. La preocupación por el orden entre los liguistas y sus sucesores fue más importante que sus sentimientos nacionalistas; desde su óptica, la amenaza más seria provenía del inmigrante de izquierda. En 1932, el órgano nacionalista *Crisol* —heredero de la prédica de LNR— reconoció este vínculo entre la Liga y el nacionalismo. Elogió a la Liga por ser la primera organización argentina en oponerse al “extremismo”, agregando que había iniciado el camino “por el que después han marchado todas las instituciones nacionalistas”.⁷² Antes y después de 1930, la derecha fue, ante todo, antiizquierdista.

Notas

1. Análisis de estos y otros antecedentes de la Liga en *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, 1986, capítulo 2. Sobre la Asociación del Trabajo, véase M. S. Ospital, “Acción empresaria y conflictos laborales: la Asociación del Trabajo, 1918-1930”, s.l.e. 1987. Nótese que el término “conservador” hace referencia al Partido Conservador de Buenos Aires, y “conservador local” a los partidos provinciales ligados al régimen en este ensayo los sentimientos antiinmigrantes son descritos en detalle.

2. Sobre la situación económica argentina, véase G. di Tella y M. Zymelman, *Los ciclos económicos argentinos*, Buenos Aires, 1973, pp. 129-186; Joseph S. Tulchin, “The Argentine Economy during the First World War”, en *Review of the River Plate*, 19 y 30 de junio, 10 de julio de 1970; D. Cantón, J. L. Moreno y A. Ciria, *La democracia constitucional y la crisis*, Buenos Aires, 1972, pp. 21-50; y Vicente Vázquez-Presedo, *Estadísticas históricas argentinas comparadas*, 3 vols. Buenos Aires, 1971-1988, 2: p. 46.

3. Vázquez-Presedo, *Estadísticas*, p. 47. Sobre el ámbito laboral, véase D. Rock, *Politics in Argentina, 1890-1930: The Rise and fall of radicalism*, London, 1975, p. 125-156; R. E. Shipkey, “On the Outside Looking In: A Social History of the ‘Porteño’ Worker during the ‘Golden Age’ of Argentine Development, 1914-1930” (tesis de doctorado), Rutgers University, 1977; E. J. Bilsky, *La Semana Trágica*, Buenos Aires, 1984; y R. J. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, 1977, pp. 150-157.

4. *La Nación*, 8 de enero de 1919; A. Rouquié, *Poder militar y sociedad política en 1a Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, 1981, 1: pp. 140-141 143-144, 150; Donald White, Encargado de Negocios Interino al Secretariado de Estado, Charles Evans Hughes, 1 de junio de 1921, Despacho n° 1567, Estados Unidos, Archivos del Departamento de Estado relativos a los Asuntos Internos de la Argentina, 1910-1920, Archivo Nacional, copia microfilmada M514, 835.00/237.

5. Sobre la Semana Trágica, véase la prensa de Buenos Aires de esos días; D. Rock, “Lucha civil en la Argentina: La semana trágica de enero de 1919”, en *Desarrollo Económico*, n° 11, marzo de 1972; N. Babini, “La Semana Trágica: pesadilla de una siesta de verano”, en *Todo es Historia*, septiembre de 1967, pp. 8-20; y J. Godio, *La semana trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, 1972.

6. *La Nación*, 8 de enero de 1919. Sobre los hechos en Chile, véase P. DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, 1983, pp. 161-162.

7. Sobre la represión encabezada por civiles y la formación de grupos parapoliciales, véase N. Solomisky, *La Semana Trágica en la Argentina*, Buenos Aires, 1971, pp. 17-21; J. R. Romariz, *La Semana trágica: relato de los hechos sangrientos*

- del año 1919, Buenos Aires, 1952; y La Prensa, La Nación y La Época, 10-15 de enero de 1919.
8. J. R. Romariz, La Semana Trágica, p. 170; La Época, 16-17 de enero de 1919.
9. Revista Militar, nº 19, enero de 1919, pp. 198-202; La Razón, 17 de enero de 1919; La Prensa, 21 de enero de 1919.
10. La Época, 20 de enero de 1919.
11. Liga Patriótica Argentina, Definición de la Liga Patriótica Argentina. Guía del buen sentido social, Buenos Aires, 1921, p. 3; Liga Patriótica Argentina, Discursos pronunciados en el acto inaugural y veredicto del Jurado de la Tercera Exposición Nacional de Tejidos y Bordados, 1-15 de julio de 1922, Buenos Aires, 1922, p. 7.
12. Liga Patriótica Argentina, Primer Congreso de Trabajadores de la Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, 1920, pp. 39-40.
13. La Vanguardia, 1 de abril y 13 de mayo de 1919; La Protesta, 9 de noviembre de 1919.
14. Véanse, por ejemplo, los comentarios de N. Repetto en la Cámara de Diputados, citado en La Vanguardia, 11 de junio de 1919.
15. Liga Patriótica Argentina, Solemne homenaje de la Liga Patriótica Militar de Chile a la Liga Patriótica Argentina, Santiago, 1922, p. 16; República Argentina, Policía de la Capital Federal, Orden del día, nº 34, 1920, pp. 832-334. La prensa informaba diariamente sobre la creación de brigadas.
16. El Pueblo, 30 de junio y 1 de julio de 1919; La Fronda, 8 de octubre y 1 de noviembre de 1919; La Nación, 4 de noviembre de 1919 y 13 de agosto de 1920; La Capital, Rosario, 26 de enero de 1921. La descripción de las brigadas apareció en La Fronda, 2 de noviembre de 1919.
17. Véase S. McGee Deutsch, Counterrevolution in Argentina, pp. 93-94.
18. La Prensa, 6 de abril de 1919, 26 de octubre de 1946; P. P. Maglione Jaimes, "Una figura señera: Manuel Carla", La Nación, 12 de enero de 1969; D. Rock, Politics in Argentina, p. 183; La Voz del Interior, Córdoba, 12 de diciembre de 1919; La Protesta, 13 de enero de 1920.
19. S. McGee Deutsch, Counterrevolution in Argentina, pp. 97-102; El Pueblo, 24 julio de 1919.
20. Estos comentarios y los siguientes sobre la composición social de la Liga se basan en datos de 146 delegados de brigadas a los congresos anuales, entre 1920 y 1928, y de 71 integrantes de la Junta Central y el Consejo Ejecutivo en los mismos años. Las fuentes consultadas incluyen: Guía de sociedades anónimas, Buenos Aires, 1923, 1932, 1950; Jockey Club, Nómina de los socios, Buenos Aires, 1926, 1943, Libro de oro, Buenos Aires, 1911, 1923, 1932, 1936, 1941; "Nómina de socios", Anales de La Sociedad Rural Argentina, nº 52, febrero de 1913, pp. 116-134; Sociedad Rural Argentina, Nómina de socios, Buenos Aires, 1938, 1948, 1956, 1962; C. Calvo, Nobiliario del Antiguo Virreynato del Río de la Plata, 6 vols., Buenos Aires, 1936-1943; y otras mencionadas en S. McGee Deutsch, Counterrevolution in Argentina, pp. 284-286. Aquellos que pertenecían al Jockey Club, la Sociedad Rural u otras organizaciones rurales, registros sociales y/o el Círculo de Armas son considerados como pertenecientes a la clase alta. Agradezco a Néstor Tomás Auza y José Luis de Imaz por revisar la lista de personas estudiadas (tanto liguistas como nacionalistas, véase nota 69) y confirmar esta pertenencia de clase.

21. Sobre el conflicto en Las Palmas, véase C. Domínguez, *Rebelión en la selva* Buenos Aires, 1918: *La Vanguardia*, 12, 14, 17, 19, 24, 26 y 30 de agosto de 1920; R. Tissera, "Revolución social en la selva", en *Todo es Historia*, abril de 1968, pp. 64-75. Los propietarios y directores de la empresa aparecen mencionados en W. H. Morton Cameron, comp., *Enciclopedia comercial: único órgano oficial anual o bienal, de la British American Chamber of Commerce, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Suplemento Británico*, Londres, 1922, p. 305. En *La Protesta*, 29 de abril de 1922, y *La Organización Obrera*, 4 de diciembre de 1920, se analizan los vínculos entre la Liga y la Asociación del Trabajo.
22. La brigada de Las Palmas estuvo representada en todos los congresos de los años veinte. Sobre el movimiento sindical, véase J. García Pulido, *El Gran Chaco y su imperio Las Palmas*, Buenos Aires, 1951, pp. 134-144.
23. Sobre los sucesos en Villaguay; véase *La Vanguardia* 15-21, 24-28 de febrero de 1919: *República Argentina. Congreso Nacional, Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, 6, 18, 23 de febrero de 1921, en las series de 1920: pp. 311-316, 355-392.
24. *La Nación*, 17 de febrero de 1921; *La Frontera*, 27 de febrero de 1921.
25. *La Nación*, 19 de febrero de 1921. Los miembros de las juntas de brigadas son mencionados en la prensa y en *Liga Patriótica Argentina, Primero de Mayo Argentino: Conmemoración del pronunciamiento de Urquiza en Entre Ríos*, Buenos Aires, 1921.
26. El número de brigadas fue tomado de los congresos liguistas y de informes periodísticos. Sin embargo, Carlés declaró que había más de doscientas. Véase *Liga Patriótica Argentina, El culto de la Patagonia: Sucesos de Santa Cruz*, Buenos Aires, 1922, p. 9.
27. O. Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, 4 vols., Buenos Aires, 1972-1984; S. Fiorito, "Un drama olvidado: las huelgas patagónicas de 1920-1921", en *Polémica*, nº 54, 1971, pp. 92-96; *Liga, El culto*.
28. O. Bayer, *Los vengadores*, 1: pp. 38, 55-56; J. M. Borrero, *La Patagonia trágica*, 2ª ed., Buenos Aires, 1957, pp. 63-65, 84; Carlés en *Liga, El culto*, p. 27.
29. Las publicaciones de la Liga y la prensa mencionan diecinueve escuelas; *Liga Patriótica Argentina. La verdad de la Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, 1950, p. 11, menciona la cantidad de cincuenta escuelas.
30. Carlés en *Comisión de Señoritas de la Liga Patriótica Argentina, Sus escuelas de obreras en las fábricas*, Buenos Aires, 1922, p. 1. Véase también *Comisión, Sus escuelas íntegramente; Comisión Central de Señoritas, Memoria, 1924-mayo-1928*, Buenos Aires, 1928; y *Liga Patriótica Argentina, Breviario de historia nacional*, Buenos Aires, 1922. Yo analizo detalladamente las actividades de las mujeres en S. McGee Deutsch, "The Visible and Invisible Liga Patriótica Argentina, 1919-1928: Gender Roles and the Right Wing", en *Hispanic American Historical*, 64, 2, mayo de 1984, pp. 233-258.
32. Zuberbühler en *Liga Patriótica Argentina, El abaratamiento de la vida. Influencia del costo de producción industrial. Reajuste de salarios*, Buenos Aires, 1921, pp. 1, 4. Por ejemplo, véanse también, *Liga Patriótica Argentina, Tercer Congreso de Trabajadores de la Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, 1922, pp. 109-113, 116; *Liga Patriótica Argentina, Congreso General de Territorios Nacionales*, Buenos Aires, 1927, pp. 95,115; *Liga Patriótica Argentina, Cuarto Congreso Nacionalista de la Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, 1923, pp.131, 330-334.
33. *Liga. Primer Congreso*, pp. 173-174; *Liga, Cuarto Congreso*, pp. 268-271.

34. Carlés en Liga Patriótica Argentina, Organización de la soberanía o escuela de bienestar, Buenos Aires, 1928, p. 11.
35. Carlés en Liga, Primer Congreso, pp. 37-39; Liga, Tercera Exposición, p. 6; Liga, Primera de Mayo, p. 37; Liga Patriótica Argentina, Declaración de principios, organización y propósitos de los Soviets Argentinos con introducción y notas marginales del sentido común por la Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, 1920, pp. 4-5, 9, 12; Liga Patriótica Argentina, Humanismo práctico: La Liga Patriótica Argentina en Gualaguaychú, Buenos Aires, 1921, p. 18.
36. Carlés en Liga Patriótica Argentina, Quinto Congreso Nacionalista de Trabajadores, organizado por la Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, 1924, pp. 39-40.
37. Carlés en Liga, Tercera Exposición, p. 7. Véase también. Carlés al Embajador F. J. Stimson, 21 de diciembre de 1920, Despacho nº 1422, 835.43L62. A. Rouquié, en Poder militar, 1: p. 146 n. 65, encuentra otra manifestación de simpatía por el fascismo italiano en un liguista.
38. 2 de mayo de 1921, Despacho nº 1547, 835.00/226; La Fronda; 16 de abril, 30 de junio de 1920; La Prensa, 16 y 29 de abril de 1920. Sobre grupos antiizquierdistas del interior, véanse Arno J. Mayer, "Postwar Nationalism, 1918-1919", en Past and Present; julio de 1966, pp. 114-118; J. M. Dile, Paramilitary Politics in Weimar Germany, Bloomington, 1977; D. Large, "The Politics of Law and Order: Counterrevolutionary Self-Defense Organizations in Central Europe, 1918-1923" (tesis de doctorado), Universidad de California, Berkeley, 1974.
39. Esta correspondencia está mencionada en Liga Patriótica Argentina, Definição de Liga Patriótica Argentina. Guía do bom senso social, Buenos Aires, 1922; en Liga Patriótica Argentina, Historia documental de la Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, 1922. Esta colección de panfletos también incluye copias de las publicaciones en inglés, español y alemán.
40. 21 de diciembre de 1920, 16 de febrero de 1921, 3 de marzo de 1921, Despacho nº 1422, 835.43L62/1. Sobre los lazos con la American Legion, véase La Prensa, 17 de marzo de 1920; sobre Palmer, véase R. K. Murray, Red Scare: A Study in National Hysteria, 1919-1920, 2ª ed., Nueva York, 1964.
41. Los nombres de esos grupos están mencionados en la prensa de 1919 y 1921; véanse también La Fronda, 9 de julio de 1920; La Nación, 7 de agosto de 1920; y El Mercurio, Santiago de Chile, 26 de agosto de 1920.
42. Liga, Solemne Homenaje, El Mercurio, 30 de enero, 11 de junio de 1919, 26 de agosto, 24 de octubre de 1920, 27-28 de julio de 1922.
43. El Mercurio, 27 de julio de 1922. Sobre los "internacionales" en Europa, véase Large, "The Politics of Law and Order", pp. 1-45; también, M. A. Ledeen, Universal Fascism: The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936, Nueva York, 1971.
44. Liga Patriótica Argentina, Catecismo de la doctrina patria, Buenos Aires, 1921, p. S; Liga, Primer Congreso, pp. 38-39.
45. Liga, Primer Congreso, p. 41; Liga, Catecismo, p. 3; Liga Patriótica Argentina, Discurso proclamado por el Presidente de la Liga Patriótica Argentina, Dr. Manuel Carlés en la reunión celebrada por la honorable Junta de Gobierno en honor de los delegados de la Asociación de Empleados de Comercio de Río de Janeiro, Buenos Aires, 1924; El Pueblo, 19 de febrero de 1921; Liga Patriótica Argentina, Misión y doctrina de la Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, 1956, p. I; Liga Patriótica Argentina, Sexto Congreso Nacionalista de Trabajadores organizado por la Liga Patriótica Argentina, Buenos Aires, 1925, p. 39; cita en La Nueva República (en adelante, LNR), nº 29, 25 de agosto de 1928, p. 2.

46. Liga, Cuarto Congreso, p. 32.
47. Citado en J. Irazusta, *Genio y figura de Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, 1963, pp. 98-101, 105-106; véase también G. S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina*, Buenos Aires, 1969, pp. 216-219.
48. Liga Patriótica. Argentina, *Noveno Congreso Nacionalista organizado por la Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, 1928, pp. 555; 31 de julio de 1929, Despacho n° 617, 835.00/436; Liga Patriótica Argentina, *Restauración de la moral argentina*, Buenos Aires, 1930, p. 6. Véase también "A", 2 de agosto de 1928, informe n° 184, y 19 de octubre de 1928, informe n° 249, C-10-K; 7 de agosto de 1929, informe n° 209, C-10-L; Jefe de Operaciones Navales de los Estados Unidos, División Inteligencia, *Informes del Agregado Naval, 1886-1939*, Grupo de registro 38, Archivo Nacional, Washington, DC.
49. A. Rouquié, *Poder militar*, 1: pp.171-210. Sobre los preparativos del golpe de Estado de 1930, véanse R. A. Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Yrigoyen to Perón*, Stanford, 1969, pp. 29-54; M. Goldwert, *Democracy, Militarism, and Nationalism in Argentina, 1930-1966: An Interpretation*, Austin, 1972, pp. 12-29; R. Ezchepareborda, "Aspectos políticos de la crisis de 1930", *Reviera de Historia*, n° 3, 1958, pp. 7-40; J. M. Sarobe, *Memorias sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930*, Buenos Aires, 1957; y J. Perón, *Tres revoluciones militares*, Buenos Aires, 1963, pp. 13-82. Sobre los nacionalistas y la revolución, véanse M. Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, 1963, pp. 55-67; E. Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, 2 vols., Buenos Aires, 1975, 1: pp. 237-241; y R. H. Dolkart, "La derecha durante la Década Infame, 1930-1943", en este libro.
50. C. Ibarguren, *La historia, que he vivido*, 2ª ed., Buenos Aires, 1969, pp. 323-325; J. E. Carulla, *Al filo del medio siglo*, Buenos Aires, 1951, pp. 97-98, 138, 145-149, 158-160; C. Ibarguren (h), *Roberto de Laferrère: Periodismo-política-historia*, Buenos Aires, 1970, pp. 25-26; R. Irazusta, "La política", en *LNR*, n° 57, 9 de agosto de 1930, p. 1.
51. Comité Ejecutivo de la Gran Colecta Nacional, *La paz social*, Buenos Aires, 1919; M. de Andrea, *La perturbación social contemporánea*, Buenos Aires, 1944, pp. 81, 128-129.
52. Véanse los siguientes artículos en *Universitas*, 9, n° 38, julio-septiembre de 1975: M. Amadeo, "El grupo 'Baluarte' y los Cursos de Cultura Católica", pp. 23-26; A. E. Berro, "Un Fragmento", pp. 46-48; y B. Montejano (h.), "Un hogar espiritual", pp. 51-52. La cita proviene de E. Berro, p. 46.
53. Julio Irazusta a Enrique Pérez Mariluz, 3 de diciembre de 1925, en Archivo de Julio Irazusta, Cuaderno de notas 1, Las Casuarinas, Entre Ríos, Argentina.
54. *Ibidem.*; Julio Irazusta, *Diario*, 15 de agosto de 1925, Archivo de Julio Irazusta, Cuaderno de notas 2. Sobre Maurras, véanse J. S. McClelland, comp., *The French Right: From De Maisire to Maurras*, Londres, 1970, pp. 213-304; E. Zuleta Álvarez, *Introducción a Maurras*, Buenos Aires, 1965; E. Nolte, *Three Faces of Fascism: Action Française, Italian Fascism, National Socialism*, Nueva York, 1964, pp.139-89; y el capítulo de D. Rock en este libro.
55. C. Ibarguren, *La historia*, p. 369; J. Irazusta, "Los libros", en *LNR*, n° 1, I de diciembre de 1927, p. 3.
56. M. Gálvez, "Interpretación de las dictaduras", en *Criterio*, n° 32, 11 de octubre de 1928, pp. 43-44. Véase también "Action Française" y el fascismo ante la Santa Sede", en *Criterio*, n° 58, 11 de abril de 1929, pp. 457-459. J. Irazusta, en *Memorias: historia de un historiadora la fuerza*, Buenos Aires, 1975, pp. 153-154, no parece muy impresionado con Mussolini.
57. *LNR*, n° 7, 1 de marzo de 1928, p.1.

58. J. Irazusta, entrevista, julio de 1977, Las Casuarinas, Entre Ríos.
59. J. Irazusta, Lugones, p. 111.
60. E. Palacio, "El nacionalismo", en LVR, nº 24, 21 de julio de 1928, p. 1.
61. J. Garulla, Al filo, pp. 228-231; C. Ibarguren, Laferrère, pp. 28-29.
62. J. Irazusta, "Historia de La Nueva República", manuscrito sin fecha, en Archivo de Julio Irazusta, Cuaderno de notas 2; J. Carulla, Al filo, pp. 241-242; J. Irazusta, Memorias, pp. 176-178, 181; cita tomada de LNR, nº 1, 1 de diciembre de 1927, p. 1. Sobre LNR y la primera doctrina nacionalista, véase también C. Buchrucker, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955, Buenos Aires, 1937, pp. 45-77.
63. E. Palacio, "La doctrina de La Nueva República", LNR, nº 43, 1 de diciembre de 1928, p. 4; R. R. Irazusta, "La política", en LNR, nº 12, 28 de abril de 1928, p. 1.
64. R. Irazusta, "La política", en LNR, nº 29, 25 de agosto de 1928, p. 1.
65. *Ibidem*; C. Ibarguren, La historia, pp. 68-69; C. Ibarguren, Laferrère, pp. 21-22; R. Irazusta, "La política", en LNR, nº 12, 28 de abril de 1928, p. 1.
66. M. Garay, "Ecos", en LNR, nº 51, 28 de junio de 1930, p. 2; C. Ibarguren, La historia pp. 285-286, 326; C. Ibarguren, Laferrère, p. 23; E. J. M. (h.), "En Babia", en LNR, nº 60, 30 de agosto de 1930, p. 2.
67. R. Irazusta, "La política", en LNR, nº 12, p. 1; A. Galíndez, "Nuestros conservadores", en LNR, nº 38, 27 de octubre de 1928, p. 1; LNR, nº 49, 14 de junio de 1930, p. 4; J. Irazusta, "Los libros", en LNR, nº 1, 1 de diciembre de 1927, p. 2; C. Ibarguren, Laferrère, pp. 12-13; F. Ibarguren, Orígenes del nacionalismo argentino, Buenos Aires, 1969, p. 17.
68. Sobre la Legión de Mayo, la Liga Republicana y el golpe de Estado de 1930, véanse C. Ibarguren (h.), Respuestas a un cuestionario acerca del nacionalismo, 1930-1945, Buenos Aires, 1971, pp. 511; La Fronda, 11 de julio de 1929; LNR, nº 52-60, julio-agosto de 1930; J. Quesada, Orígenes de la revolución del 6 de septiembre de 1930 (Rosas e Yrigoyen), Buenos Aires, 1930, pp. 74-77, 80; y V. Gutiérrez de Miguel, La resolución argentina: relato de un testigo presencial, Madrid, 1930, pp. 112-173. Sobre el papel de la Liga, véase Liga Patriótica Argentina, La Liga Patriótica y la revolución del 6 de septiembre de 1930, Buenos Aires, 1930. La Legión de Mayo se volvió contra el sistema electoral después de septiembre de 1930. La Liga Republicana y LNR no siempre estuvieron de acuerdo. Véase E. Zuleta Álvarez, Nacionalismo argentino, 1: p. 238.
69. Esta información biográfica proviene de un estudio de 154 integrantes de la Legión de Mayo, 134 integrantes de la Liga Republicana, 18 colaboradores de LNR y 32 integrantes de dos o más de estos grupos, haciendo un total de 338 casos. Las fuentes consultadas son las mismas que para la Liga (véase nota 20). Las diferencias entre los grupos eran insignificantes, a menos que se mencione. Se entiende por "relaciones estrechas" a los hermanos, primos primeros y segundos, padres e hijos, abuelos y nietos, los tíos y sobrinos y cuñados. Sobre la restauración del régimen, véase M. Gálvez, Hombres en soledad Buenos Aires, 1935.
70. Véase, por ejemplo, A. Jauretche, entrevista, 1 de abril de 1971, Proyecto de Historia Oral, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires.

71. Tanto sobre la participación de Carlés en el golpe y sus desavenencias con Uriburu, como sobre la reacción de los nacionalistas frente al régimen de Uriburu, véase S. McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina* pp. 203-204, 206-208, 214-215, 223-234

72. *Crisol*, 1 de septiembre de 1932. Véase también la declaración de Guillermo Patricio Kelly, antiguo miembro de la Alianza libertadora Nacionalista; donde explica que el asesinato de trabajadores representaba los orígenes del nacionalismo, en *Mayoría* 21 de abril de 1958.